



Alrededor de una frase

Nacen, crecen y mueren individuos, pueblos y naciones; líneas de tiro, cortas o largas que se precipitan al fin sobre curvas más o menos pronunciadas, describiendo sus peculiares parábolas.

De hombres, sobran los nombres, abundan, los de pueblos y naciones. Unos, cuyos principios ligeramente se descubren en el Génesis; otros, que de Oriente sólo llevan su historia, más acá, serie interminable que fueron pero no están y de otros que existen y morirán.

De los que fueron y viven aún con aire de inmortalidad, suena el nombre del león Hispano. Mecido entre mares, tranquilo tras el muro pétreo del gigante tendido entre Cantabria y Rosas, allí... en años miles, vino a la vida; inició sus pasos altivo; a intervalos, sacudió la nobleza y el valor de su rango expresando en rostro, el objetivo de su mirada... fueron tomando figura, los miembros de su cuerpo y... ya en unidad exuberante, lanzó plétórico a luz nuevos hijos que amamantó con la misma sangre de sus venas, sangre de fé y de Hispanidad.

Curva ascendente de un pueblo más, del pueblo primero que ha sabido vivir del y para el espíritu, sin dejar atrás, en la floración más grande de su historia (s. xv y xvi) el máximo progreso material hasta aquellos siglos logrado. Juan Luis Vives, Blasco de Garay, Vallés y Servet; Garcilaso de la Vega, Ercilla y Quevedo; Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina; Cervantes, Herrera, Victoria, Fray Luis de Granada, Murillo, Colón, y después... ocaso tras ocaso, hasta hallar casi la muerte en estos últimos años de lucha interna y fratricida.

La eterna ley de la historia en nuestra carne y en nuestros huesos. Pero existe otra ley, lector amigo, que es preciso no olvidar. No hay vida sin dolor, ni desarrollo que es victoria, sin lucha. Lo sabes por ciencia y experiencia; observa pues, que así como no se forjó el león de la unidad Hispana, sino al compás del largo golpear sobre el yunque y sobre todo, después de haberse alcanzado la unidad espiritual, como bien supo decirlo últimamente nuestro Gobernador Civil y Jefe Provincial del Noviniento, no de otro modo, ni llevados por vientos más felices se podrá ahora (que sobre las ruinas se fundamentan nuevos valores), lograr el objetivo deseado de la grandeza, de la prosperidad, en una palabra: del Imperio.

Que precisen el romper de muchas lanzas, que a presión deban fundirse las escorias para el nuevo nervio de la Patria, no es raro, ni extraño, ni nuevo; lo que si lo fuera, prescindir del álito racial, marino y espiritual de nuestro pueblo; la aleación no sería perfecta, no hay que dudarlo. Hasta que un nuevo «Concilio Trento» (usando la misma frase del orador que aludimos) convierta en viviente realidad esta otra que en el Congreso N. de Ejercicios E. afirmó: «No se comprende España sin estar completamente compenetrada con la Santa Iglesia», nuestra Patria no estará segura, tranquila y rápida, como los tiempos apremian y urgen.

¿Y cual es el espíritu de la Santa Madre Iglesia? Lo sabes católico: «Un solo Dios, una sola fé, un solo Bautismo».

Un solo Dios, verdad suprema inmutable y eterna, principio y fin de todas las cosas, en cuya infinitud no miden las más aparatosas verdades humanas que sólo toman relieve al reflejo de esta verdad primera a quien deben por tanto subordinarse, ordenarse y regirse.

Una sola fe, de cuyo baluarte y guardián lo es infalible, la Iglesia en su gobierno y en su poder.

(Continúa en la página 4)